

*Mariela Sánchez Cardona**

La cultura de la paz: teorías y realidades

Fecha de recepción: Septiembre 23 de 2009

Fecha de aprobación: Octubre 13 de 2009

RESUMEN

El presente artículo tiene la intención de dar a conocer cómo el ser humano a través de la interacción consigo mismo y con los demás, construye relaciones de convivencia que van legitimando la cultura de la paz, lo que a su turno constituye un marco de referencia para la formación de concepciones de paz o violencia. De igual forma, se explicarán diferentes definiciones de paz y sus correspondientes implicaciones en el compromiso social con su realización. Posteriormente se esbozarán las pretensiones de la cultura de la paz y los problemas que surgen para su aplicación, frente a la violencia estructural que se vive en un país específico como Colombia.

Palabras claves: Cultura, Definiciones de Paz, Cultura de la Paz, Violencia estructural, Educación para la paz, Interdependencia, Compromiso social.

ABSTRACT

This article aims to draw attention to how human beings construct relations based on cohabitation that legitimize a culture of peace through their interactions with others and their own personal processes. It will also explain different definitions of peace and their implications for commitment towards these same concepts. To conclude, it will outline the goals of a culture of peace and the problems that emerge in its application when confronted by the imminent structural violence experienced by a country such as Colombia.

Key words: Culture, Definitions of Peace, Culture of Peace, Structural Violence, Education for Peace, Interdependence, Social Commitment

* Candidata al título de Doctor en Estudios de Paz, Conflicto y Desarrollo, Universidad Jaume I, España. Internacional Master in Peace, Conflict and Development Studies. Psicóloga. Se ha desempeñado como docente e investigadora en las Universidades Nacional de Colombia, Distrital de Bogotá, EAFIT y San Buenaventura.

1. CONCEPTUALIZACIÓN DE LA CATEGORÍA DE CULTURA Y SU RELACIÓN CON LA PAZ

Hablar de una cultura de la paz tiene su grado de dificultad, pues es necesario primero definir en que marco de referencia se sitúa el concepto de cultura y a partir de esto proceder a desarrollar que se entiende por paz y consecutivamente contextualizar la teoría de la cultura de paz en un país determinado.

Una de las definiciones antropológicas sobre cultura, que se sigue retomando en las investigaciones científicas sobre el tema, es la escrita desde el año 1871 por Edward Tylor, quien hace una aproximación al concepto entendiéndola como un complejo de conocimientos, de creencias, pensamientos, moral, derecho, costumbres, aptitudes y hábitos que el hombre aprende como parte de una sociedad (Tylor, 1871: 1).

En el año 1982 la UNESCO en la *Declaración de México*¹ profundiza el concepto de cultura anotando que en ella los seres humanos se hacen específicamente humanos, racionales, críticos y comprometidos éticamente. En este contexto el hombre se expresa, toma consciencia de sí mismo, es reconocido como un ser inacabado, busca nuevas significaciones en el mundo y la cultura le ofrece la capacidad de trascender en el mundo.

Otra definición de cultura que conecta igualmente el concepto humano es la que brinda Edgar Morin (2007), describiéndola como *cultura de las humanidades*. Este autor afirma que hay que valorar la palabra “cultura” en su sentido antropológico: una cultura que proporciona los conocimientos, los valores y símbolos que orientan y guían las vidas humanas. La cultura de las humanidades es un deber de todos y debe convertirse en una preparación para la vida (Morín, 2007: 60).

Como bien se puede deducir, la cultura es una construcción humana, que se sustenta a partir de concepciones y vivencias que se tienen de sí mismo y se proyectan a los otros a través de las experiencias cotidianas con el mundo o la sociedad en general, del cual se está recibiendo información que ayuda a transformar y/o ratificar concepciones de vida. Esta conexión con el mundo se realiza gracias a la capacidad de comunicación que tiene el ser humano a través

¹ Esta retomado de la DECLARACIÓN DE MÉXICO SOBRE LAS POLÍTICAS CULTURALES. Conferencia mundial realizada sobre las políticas culturales en México D.F., el 6 de agosto de 1982. Ver documento en Internet en: http://portal.unesco.org/culture/es/ev.php-URL_ID=35197&URL_DO=DO_PRINTPAGE&URL_SECTION=201.html (05.12.2009).

del lenguaje. Francisco Jiménez (2004) plantea que la cultura es lenguaje, y puesto que el lenguaje organiza, estructura, favorece la comunicación, la formación y la transmisión de nuestras ideas, es de gran importancia observar cómo cada lengua ha plasmado en el vocabulario y otras estructuras lingüísticas más complejas, sus peculiares elaboraciones sobre conceptos como paz, violencia, racismo, xenofobia, marginación, etcétera (Jiménez, 2004: 25-26; 2008: 174).

Asimismo el lenguaje facilita el contacto con el otro y sirve de instrumento de reflexión para ir edificando constantemente el mundo interior, a la vez que brinda insumos que ayudan a asimilar y a entender la sociedad en que se vive. Como lo expresa Eisler, investigador sobre el tema de Cultura de Paz, en este trabajo conjunto se crean culturas que sirven de soporte para elevar las potencialidades humanas (Eisler: 2004, 36).

Es al interior de la cultura que el sujeto desarrolla su identidad como persona y como ser social; así, el filósofo colombiano Oscar Mejía, plantea –a partir de la concepción del yo histórico– el fenómeno de la identidad como “[...] un proceso de construcción del propio yo a la autoconciencia crítica del ser social de sus deberes y derechos históricos, al control sobre la propia personalidad [...]”. Estos derechos y deberes, tienen correspondencia con los intereses y necesidades de grupos humanos que comparten casi las mismas condiciones de existencia (Mejía: 2009, 115).

De esta forma el ser humano va asumiendo una identidad en la sociedad y con sus concepciones de vida, motivaciones, necesidades, cogniciones y prácticas culturales con el otro en la cotidianidad; va dinamizando y cambiando sus constructos mentales, que le servirán para identificarse y diferenciarse en determinada cultura y sociedad. Podría pensarse que el ser humano siempre estará abierto a estos cambios culturales tanto positivos como negativos, los que se convertirán en un punto de referencia a lo largo de la existencia para reflexionar acerca de su mundo interior.

Este proceso de ir y venir le sirve para asumir una consciencia del mundo. De manera más clara, Paulo Freire (2005) plantea sobre la consciencia del mundo que:

el mundo y la consciencia, juntos, se constituyen dialécticamente en un mismo movimiento, en una misma historia [...]. La consciencia emerge del mundo vivido, lo objetiva, lo problematiza, lo comprende como proyecto humano [...] Todos juntos, en círculo, y en colaboración reelaboran el mundo (Freire, 2005: 21-22).

Estos planteamientos han servido a numerosos psicólogos sociales, entre ellos Albert Bandura (1977, 1973), y antropólogos como Douglas Fry (Fry, 2006: 57-70), para desarrollar las teorías de aprendizaje social y conductas de modelamiento. Dichas teorías explican como el niño desde la infancia imita de forma inconsciente, comportamientos, actitudes, creencias y formas de pensar de los otros, los cuales

cumplen el rol de modelos en sus vidas. Esta introyección de elementos culturales podría estar en parte explicando el fenómeno de cultura de paz o de violencia que se presenta en una sociedad determinada:

[...] las culturas son tradiciones y costumbres, transmitidas mediante aprendizaje, donde se desarrollan las creencias y los comportamientos de los seres humanos expuestos en ellas. La cultura es el elemento estructurante a la hora de enfrentarse a las formas de violencia futuras, a través de construcciones mentales (Jiménez, 2004: 25).

Es así como los procesos cognitivos, se aprenden al interior de cada contexto donde se vive y, estos aprendizajes mentales, serán la guía de los comportamientos humanos. Como lo plantea la psicología cognitiva, los actos son guiados por lo que piensa el individuo (Sánchez 2009a: 513-544; Sánchez 2009b: 155-177). Para estos teóricos, el pensamiento ya es una conducta a la que se denomina *encubierta*, la cual se expresará de diferentes formas de acuerdo a la cultura en que se viva. Sin embargo para pensadores como José Tuvilla (2004), la paz debe tener su epicentro en la cultura; no es suficiente que se piense, que esté presente en la mente humana, requiere compromisos prácticos que conlleven a transformar estructuras y realidades. Por otra parte el sociólogo noruego Johan Galtung menciona que la paz entendida como la capacidad de manejar los conflictos, debe ser abordada desde dos ámbitos: la política de la democracia y la política de la no-violencia (Galtung, 1985). Pero estas perspectivas sociopolíticas deben saberse aplicar cuidadosamente a todas las culturas, dado que no existe una sola:

Pero no existe solo la cultura. Existen las culturas: la pluralidad de manera en que los seres humanos organizamos nuestras relaciones, con la naturaleza, persona a persona o de manera transpersonal (Martínez, 1999: 87).

Mas ampliamente la tesis del filosofo español Vicent Martínez, sostiene que la cultura entendida en un sentido etimológico es cultivo, es la manera peculiar que los seres humanos poseen para cultivar las relaciones entre ellos mismos y con la naturaleza en general (Martínez, 2003: 55-57). Se entiende que no existe una cultura única, es decir, una sola forma de cultivar las relaciones con los otros y con la naturaleza, existen muchas culturas y muchas formas de cultivar nuestras relaciones, lo que producirá finalmente una diversidad en la cultura de la paz (Comins, 2009: 15).

En suma el ser humano siempre está construyendo su mundo interior, identidad y concepciones de vida a través de reflexiones que hace en determinadas culturas que son a su vez pluralistas. De esta forma va elaborando los significados frente a temas de la paz y/o violencia, que posteriormente comunicará a los otros a través del lenguaje. El esquema de pensamiento que se desarrolla en cada experiencia de paz y/o violencia será la guía para dirigir su comportamiento y aportar con sus

actos a la construcción de nuevas culturas pacíficas o violentas (Sánchez, 2007: 72). Siguiendo a Morin (2007):

Nosotros alimentamos por nuestras creencias o nuestra fe los mitos o ideas que salen de nuestros espíritus, y estos mitos e ideas toman consistencia y poder. No solo somos poseedores de ideas sino que también estamos poseídos por ellas. Capaces de morir o matar por una idea (Morín, 2007: 67).

Podría pensarse que cada individuo lleva una fracción de cultura en su interior y la cultura es la organización social donde se integran cada una de estas fracciones individuales; por ello no debería existir la división entre “yo” y “cultura” porque en última instancia es la misma dimensión y, esta relación, crea a la vez la interdependencia con la cultura o con los otros. La pedagoga e investigadora en el tema la ciudadanía mundial Martha Jalali, plantea que como seres humanos, dependemos de otros por un lazo de unidad que tenemos al compartir nuestra humanidad o libertad (Jalali, 2001: 30). De otro lado Morín, recomienda tener fundamentos reflexivos que sirvan para guiar el pensamiento que conecte y no que aisle; uno de ellos lo describe como el principio holográfico, siendo este el que “pone en evidencia la aparente paradoja de las organizaciones complejas, donde no solo la parte se encuentra en el todo sino donde el todo está inscrito en la parte” (Morín, 2007: 123-124). Hasta aquí queda muy claro que todo individuo desarrolla conexiones o lazos de unidad con determinada cultura a través de sus aprendizajes y vivencias; de igual forma por medio de estos vínculos se desarrollan los principios de identidad, interdependencia y consciencia del mundo. En esta misma experiencia con los otros, se tejen concepciones mentales de paz o violencia, que posteriormente guiarán los comportamientos humanos en sociedad.

2. DEFINICIONES DE PAZ Y SUS IMPLICACIONES EN EL COMPROMISO CON LA PAZ

Con este marco de referencia, es necesario hacer algunas aproximaciones teóricas que ayuden a comprender mejor la concepción de paz y sus pretensiones filosóficas en el contexto de la cultura propiamente dicha. Cada persona desde el rol que cumple en el mundo, tiene una conexión con el fenómeno de la paz, ya sea visto como un sueño, una necesidad apremiante o una fuerza interior que lleva a solidarizarse con quienes no la han sentido. Hacer acercamientos al término de paz en diferentes escenarios a saber, personales, familiares y académicos es trascendental, ya que dependiendo de la visión que se tenga de la paz, así será el compromiso y la acción como individuos en la búsqueda de estas opciones de vida. De esta forma podemos contribuir a la sociedad que todos queremos tener.

Aunque muchos piensan que la paz es un sueño difícil de alcanzar o una utopía, la realidad es que la paz es anhelada por todos y, este hecho, es el motor que impulsa a la transformación del mundo; si bien, existen muchas significaciones de la misma, algunas tergiversadas y otras románticas, todas se entrelazan al pensar en aquello que no es paz. Por lo tanto, se puede afirmar que, la paz

no sólo es posible, sino que es necesaria y vital para la sociedad, y se puede construir desde diferentes rutas y ritmos (Fisas, 2002: 17). Podría pensarse que se puede concebir en distintos niveles: a nivel personal a través del cambio de actitudes; a nivel social, por un perfil de colectividad; a nivel político-jurídico por medio de la sensibilización de los Estados Políticos Internacionales (Burquet, 1999: 14-15). El filósofo italiano Norberto Bobbio, plantea como una necesidad urgente, fundamentar la paz en una pedagogía que trabaje el esfuerzo, donde los resultados no se dan a corto plazo y se amerita el compromiso de cada ser humano (Bobbio, 1966: 49). Puesto que la paz es algo que se debe asumir como una voluntad dinámica, todo el mundo puede pensarla y aportar a ella como parte de una colectividad.

Continuamente se maneja un concepto errado de paz, identificándola con ausencia de conflicto, aunque el conflicto esté siempre presente en la realidad (Jares, 2001: 18). Si bien el conflicto es un proceso natural, motor de la transformación y creación de las relaciones humanas, una concepción errónea de paz, vista como ausencia de conflicto, ha llevado a confundirlo con violencia; por ello, para alcanzar una paz donde la justicia, la armonía y el amor entre los seres humanos predominen, se requiere de la diferenciación clara entre guerra y paz (Montessori, 2003: 23). Algunas confusiones aparecen hasta en textos básicos del idioma español, por ejemplo, en el Diccionario de la Lengua Española se define el término paz como “situación y relación mutua de los que no están en guerra” o “sosiego y buena correspondencia de unos con otros, en contraposición a disensiones, riñas y pleitos” (Tuvilla, 2004: 27).

Se puede deducir que no es fácil definir lo que es la paz, ya que al profundizar en este tema, la definición se torna compleja (Jiménez, 2004: 25-26). Sin embargo a pesar de su dificultad, se han desarrollado grandes avances teóricos al respecto, tales como la introducción de elementos de paz positiva, paz negativa, paz imperfecta entre otros (Tuvilla, 2004; Galtung, 2003; Hicks, 1988; Muñoz, 2004). Por ejemplo Tuvilla plantea que la paz ha seguido un proceso donde los esfuerzos por constituir la y consolidarla, han sido innumerables; a través de este trasegar, las sociedades han ido transformando y evolucionando hacia nuevos conceptos y formas (Tuvilla, 2004: 32, 36, 40-41). A continuación se intentará hacer una ligera ampliación de algunas teorías que han desarrollado el concepto de Paz.

2.1. Paz negativa y paz positiva

Dentro de las investigaciones en torno al concepto de paz, se pueden diferenciar tres tendencias: la minimalista, que partiendo de la concepción negativa de paz, la concibe como ausencia de guerra internacional, desconociendo los conflictos que emergen dentro de los Estados, y los intereses intrínsecos a la guerra (socioeconómicos, políticos o militares); la intermedia, que asocia la paz con ausencia de guerra y de un sistema de amenazas, es decir, concibe la paz desde la desaparición de la violencia organizada, ya sea a nivel nacional o internacional, sin tener en cuenta las estructuras sociales y culturales como elementos importantes en la gestación de la paz; y por último, la tendencia crítica, que asume la paz

como ausencia de todo tipo de violencia, (real, directa, indirecta, estructural, cultural), siendo la violencia, un conjunto de fenómenos que afectan el desarrollo pleno del individuo, que se ve frustrado en la satisfacción de sus necesidades básicas (Tuvilla, 2004: 28). En esta última aproximación se encuentran ya desde 1968, autores tales como el sociólogo noruego Johan Galtung, quien ha venido investigando el fenómeno de la paz y haciendo valiosas distinciones entre la paz negativa y paz positiva:

Dos conceptos de paz deberán distinguirse: la paz negativa, definida como la ausencia de violencia organizada entre grupos de gran tamaño como lo son las naciones, pero también entre grupos étnicos y raciales atendiendo la magnitud que puedan alcanzar las guerras internas, y la paz positiva, definida como los patrones de cooperación e integración entre grupos humanos de gran tamaño (Roach, 1993: 2).

Cronológicamente el concepto de paz negativa expresada mas claramente como ausencia de conflictos armados, de ausencia de guerra entre Estados es, generalmente, la primera idea de paz que viene a la cabeza y ha sido el centro de estudio del pacifismo por mucho tiempo (Jiménez, 2004: 25-26).

En la década de los años 50s, el campo de investigación sobre la paz también emergió en las Universidades y, si bien tuvo un pequeño impacto directo en los maestros, algunos de los tópicos claves identificados son extremadamente relevantes para ser trabajados en las escuelas. El énfasis inicial en la investigación sobre la paz se colocó en la violencia personal directa, la cual se acentuó más en el conflicto que en la paz. El resultado fue que la paz acabó siendo definida negativamente como mera ausencia de guerra (Hicks, 1988: 6).

En lugar de ser entendida como ausencia de guerra, hoy la paz se toma como un concepto que involucra la cooperación, esto es, formas de crear estructuras más equitativas y más justas en la sociedad a través de un cambio social no violento. Es así como las investigaciones en el tema han venido elaborando cada vez el concepto de paz a través de las experiencias y realidades que se ven en el mundo, ayudando en esto la reflexión desde diferentes áreas del conocimiento como la filosofía, la pedagogía, la psicología, la historia entre otras.

Aunque el término justicia global, tal como es usado por los maestros en sus clases, no es tan preciso como lo es el término paz positiva, en verdad, resulta apropiado debido a que la justicia, en el sentido del pleno disfrute de todo el espectro de derechos humanos por todos los individuos, es lo que constituye paz positiva (Hicks, 1988: 6).

La paz positiva exige la reducción y eliminación de la violencia estructural, que puede derivarse de las instituciones sociales y económicas y que conlleva el deterioro de la dignidad del ser humano y de su bienestar en general. Cabe destacar que si se quiere recalcar los indicadores de las condiciones de justicia y equidad

que conciernan a la paz positiva, se puede consultar solamente la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y hacer un inventario de los factores que menoscaban la libertad humana e impiden la satisfacción de las necesidades de seguridad. Como bien lo expresa Johan Galtung, la paz es la antítesis de la explotación, de la marginalización, y de la opresión (Galtung, 1996: 31), así mismo simboliza el disfrute de la justicia tanto económica como social, de la igualdad y de todo el espectro de derechos humanos y libertades fundamentales (Reardon, 1993: 4; Tuvilla, 2004: 13; Jiménez, 2004: 25-26).

De la misma forma significa un conjunto de relaciones entre los individuos y las naciones basadas en la confianza, cooperación y reconocimiento de la interdependencia e importancia del bien común y el mutuo interés de todas las personas. Gran parte de la violencia que aflige a la sociedad humana proviene de la ausencia de equidad, de la pobreza, la injusticia, y de las desigualdades que constituyen las más graves violaciones a los derechos humanos, y que suelen ser la raíz de las tensiones, desconfianzas internacionales y de los conflictos armados. Luchar por la paz exige la implementación de objetivos y estrategias de desarrollo social que se basen en la satisfacción de las necesidades humanas y la supervivencia del planeta (Reardon, 1993: 5).

La paz como una red de relaciones humanas basadas en la equidad, mutualidad, y el valor inherente de todas las personas, podría interpretarse como la manifestación de la justicia global. Este concepto de paz parece ser el más característico de las aproximaciones multiculturales a la educación para la paz que buscan desarrollar la apreciación de las diferencias culturales y el reconocimiento de la dignidad humana como el fundamento esencial de las relaciones humanas en todos los niveles: interpersonal, social, y estructural.

La paz positiva es un concepto globalizador en el que se integran otros como: el desarrollo humano en armonía con el medioambiente; la defensa, promoción y desarrollo de los derechos humanos; la democracia participativa; la cultura de la paz como sustitución de la cultura de la violencia; y la perspectiva de la seguridad humana basada en una ética global (Tuvilla, 2004: 109).

La investigadora del tema en Educación para la Paz Betty Reardon, afirma que la paz es un ambiente social que favorece el desarrollo de la persona humana. Tal ambiente se caracteriza, desde lo local a lo global, por la tolerancia, respeto mutuo, y serios empeños para entender las diferencias, y construir comunidad y confianza para que los conflictos puedan resolverse sin recurrir a la violencia (Reardon, 1993: 6).

En suma, la paz positiva implica la relación en armonía entre el ser humano consigo mismo (paz interior), con los otros (paz social), y con el entorno (paz ecológica) en todos los ámbitos: personal, familiar, escolar, social, nacional, e internacional (Tuvilla, 2004: 110).

2.2. La paz imperfecta

El término de Paz Imperfecta fue introducido por Francisco Muñoz, profesor de la Universidad de Granada, en los siguientes términos:

Paces absolutas y perfectas, sino más bien de actos regulativos, transformadores y cotidianos de los conflictos. Son más bien, formas de Paz imperfecta, porque no es una paz total, ni esta absolutamente presente en todos los espacios sociales, sino que convive con la violencia interpretando y tratando de regular el conflicto por la vía pacífica (Muñoz, 2004: 51).

Autores como Martínez (2005), Tuvilla (2004) y Jiménez (2004), han coincidido con el concepto de Paz Imperfecta planteado por Muñoz y, de igual forma, han hecho sus apreciaciones teóricas al respecto. Existen diversas formas de hacer las paces, para conocerlas y comprenderlas se debe empezar por eliminar los errados conceptos de paz como sinónimo de perfección, o paz absoluta y acabada, para llegar a una comprensión mucho más abierta donde la paz es imperfecta y se da en momentos, se rehace continuamente y está en constante evolución (Martínez, 2005: 143-144), no es lineal ni unidimensional, no es un estado ideal a alcanzar, es un proceso en el cual, se piensan y se afrontan las violencias, es una construcción social diaria (Tuvilla, 2004: 30).

2.3. La paz neutra

Es concebida como ausencia de violencia cultural y/o simbólica. También es pensada como un equilibrio dinámico de factores sociales (económicos, políticos y culturales) y tecnológicos, ya que la guerra aparece como el desequilibrio de uno o varios factores respecto a los demás (Jiménez, 2004: 25-26. Tuvilla, 2004: 32, 36, 40-41). De la misma manera la paz neutra se aprecia como el complemento de la “paz positiva” y la “paz negativa” la cual da como resultado la cultura de la paz; la neutralidad es entendida como una habilidad de comunicación activa e indispensable que deben tener los seres humanos para lograr a través del lenguaje neutralizar los espacios de violencia cultural que se dan en la sociedad en general (Jiménez, 2008: 172, 173).

2.4. La paz personal: desarrollo en la cotidianeidad

Ya desde 1973, el filósofo Jiddu Krishnamurti, quien dedicó su vida a la comprensión del ser humano de una manera integral y, a la búsqueda del significado de la vida, hacía sus aportes sobre la Paz Interior cuando decía que los problemas del mundo son conflictos personales aumentados. Esta forma de pensar está llamando la atención sobre una definición de paz personal que trae consigo un compromiso con la paz universal o de la humanidad en general. Plantea que su propuesta no se limita a una religión o creencia, sino por el contrario, va dirigida a todas las personas que desean cambiar a través de procesos interiores: sólo por medio de la iluminación y la purificación, se llega a la libertad y respeto del otro (Krishnamurti, 1973: 34).

La Paz personal entendida como el deseo de mantener la armonía interior, acepta la existencia de los conflictos. Esto también lo afirma el sacerdote español franciscano Larrañaga en su libro sobre la vida de San Francisco de Asís. Plantea que la vida es lucha y en ésta surge el conflicto; pero no se debe tener miedo porque el conflicto es inevitable y, lo más importante, es la reconciliación (Larrañaga, 2007: 331). El desarrollo de este concepto lleva consigo el llamado a tomar consciencia a la paz desde el interior del individuo y se visualiza como un lucero que brilla no de afuera hacia adentro, sino de adentro hacia fuera, ya que se asume que cada uno tiene la luz interior y está llamado a que en cada actuar, esta llama no se extinga sino por el contrario, ante el sufrimiento del otro, se comparta la luz y se avive más.

El escritor hindú Deepak Chopra argumenta que cuando cada persona cambie la forma de concebir la paz, ese día terminará la guerra para cada uno. A pesar de que la transformación deba darse a nivel individual, también es eficiente y tiene eco, “[...] pero si nuestra conciencia sigue estas palabras y permanecemos fieles a ellas, la guerra nunca volverá a la vida del individuo” (Chopra, 2005: 8). Continúa el autor exponiendo en su teoría que si se escoge este camino de la Paz, se experimentará libertad y fuerza en las emociones, porque la fuerza secreta de la paz no es material y se podrá expandir este estado de consciencia a la humanidad sin tener que invadir a otros países ni apoderarse de sus riquezas (Chopra, 2005: 9-14). Los seres humanos deben organizarse para alcanzar la paz, superando las barreras de la individualidad y desarrollando la vida espiritual, reestructurando así la sociedad con la base de un ser renovado (Montessori, 2003: 11).

Esta concepción de paz ha recibido críticas de parte de algunas personas, que consideran que es una visión individualista y con poca proyección en la realidad social y por los tanto, que no tiene mucho impacto en cambios estructurales, convirtiéndose en una filosofía de vida de muy pocos que no tiene gran eco dentro de una sociedad con niveles altos de violencia.

Sin embargo en algunos seminarios en torno al tema de la paz, se han hecho reflexiones profundas llegando a la conclusión de que para construir la paz, el ser humano no debe concebirse como un ser separado e individual de los demás, pues esta teoría afecta la relación con los otros. Al pensarse cómo un ser separado y aislado, se están construyendo muros y fronteras que crean sobre sí mismo el miedo, la desconfianza, la ansiedad, la inseguridad y por supuesto, formas de defensa agresiva, conflictiva y egocéntrica. Por consiguiente, la tesis de la paz personal, contribuye a que la persona haga conciencia de la unidad que existe entre su “yo” y la comunidad, la cual incluye también a la naturaleza. De esta forma se concibe un ser social que es capaz de aceptar la existencia de los otros y, en esta medida, se construye un yo interior que se llena de amor y de alegría, al que le gusta vivir en plenitud y armonía en la sociedad. Bajo esta forma de participar en la construcción de la paz, se resuelven los conflictos de la separación y la individualidad del ser humano (Seminario Galego, 2005: 73-74).

Referente a este tema aparece la reflexión de Muñoz (2004), quien recalca que es necesario que la paz interior se difunda en otros escenarios, anotando que aquella no debe cumplirse solo a pequeña escala es decir, a nivel individual, familiar y grupal, sino que el compromiso debe favorecer la convivencia y el bienestar de todos los miembros tanto en los pueblos como en las ciudades y estados (Muñoz, 2004: 25).

El desarrollo interior de la persona conlleva la consecución de la libertad del individuo, la cual va acompañada del equilibrio en la relación diaria con el otro y la comunidad en general (Asociación Pro-Derechos Humanos, 2000: 17-18).

La paz, se concibe como una cultura que se construye y que debe ser propiciada en las acciones de los seres humanos con los otros, de manera general y cotidiana y a través de múltiples determinaciones (Mejía, 2002: 25-50). Está al alcance de todos los seres humanos, es una capacidad que cualquier persona puede desarrollar a diario en cualquier escenario o contexto, siendo la escuela para la paz, la vida misma (Fisas 2002: 64).

En suma, no existe una única ni universal definición de paz, por el contrario, ésta ha evolucionado a través del tiempo. Los conceptos y las experiencias revelan que la paz no es simplemente la antítesis de la guerra. Los activistas de la paz coinciden sin embargo, en que la reducción y eliminación de la guerra es una meta que nunca debe abandonarse; al mismo tiempo, se debe luchar por la destrucción de las diferentes armas nucleares que están atentando contra la paz justa, duradera y equitativa en el planeta. De igual forma podría entenderse la paz como lo expresa Fisas (2002), es un horizonte lejano, pero no infinito. Al respecto, el pensador indio Mahatma Gandhi (1869 -1948) acertaba al decir que: la paz es el camino, no un sitio final, pues quizá no exista. Por lo tanto, la paz es un sendero, un compromiso de todos y de cada uno para transformar y dignificar la vida (Fisas, 2002: 17, 18).

A pesar de las diferentes perspectivas de paz, se desea hacer claridad que la presente investigación asumirá como un eje central el concepto de Paz Personal, centrada en las relaciones cotidianas que cada individuo construye todos los días, ya que en esta área es donde se quiere aportar de forma precisa al tema de la paz. Al asumir una posición en esta línea de investigación, no se quiere desconocer la contribución de otras teorías al concepto de la paz, ya que para avanzar en el contenido, se amerita el reconocimiento y aporte de otras perspectivas como fuentes que ayudan a comprender los obstáculos que se ha tenido en la realización de la tan anhelada paz en el planeta.

De igual forma y en línea con las tesis de Martínez (2005) y Tuvilla (2004), se plantea que para hacer las paces, se debe partir de la reconstrucción de las competencias humanas desde las experiencias cotidianas, de las paces imperfectas, dialogando entre culturas, y construyendo formas de reconciliación (Martínez, 2005: 69). Es así como la convivencia pacífica es una realidad que se construye diariamente, en la cotidianidad, con aciertos y desaciertos, con ensayos y nuevos

comienzos, donde la ciencia, la cultura, la educación y la transformación, juegan un papel trascendental.

Dichas aproximaciones de las concepciones de paz tienen en su esencia la búsqueda de una construcción de cultura de paz donde el poder de convivir y participar con bases de libertad, justicia, democracia, tolerancia, y solidaridad, ayudarán a erradicar la violencia y a construir formas creativas para afrontar el conflicto (Tuvilla, 2004: 57). En suma, el panorama actual de la concepción de la paz, se podría definir desde una visión positiva y futurista, ya que implica tanto el desarrollo personal como social del individuo y no solamente una negación de la violencia. De igual forma la paz incluye la defensa de las potencialidades de toda persona como ser vivo y creativo (Burguet, 1999: 14), pero es al interior de la cultura de la paz, donde verdaderamente se puede colocar en práctica dicha filosofía de paz.

3. APROXIMACIONES TEÓRICAS A LA CULTURA DE LA PAZ

En los anteriores apartados se han expuesto de manera separada, distintas aproximaciones conceptuales frente al fenómeno de la cultura, donde el individuo es actor principal; de igual manera, se han desarrollado diferentes conceptos de paz. Ahora, se intentará conectar ambos elementos de manera más directa en lo que es específicamente la Cultura de la Paz. Antes de iniciar este apartado se desea recalcar que todas las personas son responsables de impulsar una cultura de paz desde la investigación y la práctica, por lo tanto, no es un liderazgo que debe dejarse solo en manos de los políticos, líderes sociales o colegios. Ya desde 1995 la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) ha hecho su pronunciamiento frente al tema, el cual enfatiza en atacar las raíces de los conflictos sociales como una medio que facilite la cultura de paz, la cual no es una mera ausencia de la guerra sino un compromiso y una práctica de todos cuyo objetivo es construir una sociedad justa, equitativa, solidaria y pluralista, a través de la implementación eficaz de reformas sociales (UNESCO, 1995: 8).

La teoría de Fisas evoca elementos de poder que deben ser cambiados en la nueva sociedad. Plantea que para pasar de una cultura de la violencia a una cultura de la paz, se hace necesario entender primeramente que la violencia es un ejercicio de poder que excluye las otras posibles formas de afrontar los conflictos, por lo que se requiere de estrategias alternativas a la violencia, sustituyendo poder por autoridad que evoque respeto, asociado al amor, la vida y la gratitud. En esta vía se llega a la colaboración en la negociación y a la mediación, como pilares fundamentales para una cultura de paz (Fisas, 2002: 63-64). De igual forma enfatiza en la necesidad de trabajar por la paz a partir de las cuatro “D”: desarme, desarrollo, democratización y derechos humanos, pues si no hay desarme, no habrá desarrollo y entorno seguro, y si no hay respeto a los derechos humanos no habrá democratización (Fisas, 2002: 23).

Investigadores como Jares, hacen sus aportes al respecto enfatizando en el deber que cada ciudadano tiene en la búsqueda de soluciones a los conflictos existentes en cada nación. Estos planteamientos empoderan a los individuos en

la consecución de la paz y no dejan el compromiso solo a los actores políticos, al tiempo que expresan cómo la cultura de paz se asienta en el debate, en la crítica, en el diálogo y en la libertad de expresión. En esta dirección se debe recuperar para muchos ciudadanos, el valor del compromiso y la solidaridad frente a la cultura de la indiferencia y el menosprecio. Estos cimientos tienen el valor de posibilitar a cada ciudadano la capacidad de aprender a compartir, a cooperar, a ser solidario y feliz (Jares, 2003: 100). Este mismo enfoque, es compartido con Tuvilla quien afirma que para construir paz, es necesario trabajar en el respeto de los derechos humanos y reforzar la democracia y el fortalecimiento de la sociedad civil (Tuvilla, 2004: 33). La cultura de paz está basada en el respeto y el reconocimiento, en entendernos como iguales y dignos, basándonos en la democracia, el bien común, la justicia, la equidad y la expresión del sentimiento de ternura entre los pueblos (Jares, 2001: 119-123).

La paz se podrá alcanzar con el esfuerzo mancomunado de la sociedad, empezando con un esfuerzo inmediato por resolver los conflictos sin la violencia, evitando la guerra a como de lugar, seguido de un esfuerzo a largo plazo por instaurar una paz duradera. Es aquí donde la política, tendría que actuar en la prevención de los conflictos, donde la paz sea vista como un valor universal que construya la armonía social y otorgue a la humanidad el verdadero valor sobre el universo. Para que este pensamiento se vuelva realidad, se requiere del papel de la educación, la cual aportaría con metodologías plausibles para instaurar y legitimar la paz en la humanidad (Montessori, 2003: 49, 62; Manjarrés y Molano, 2001: 30). En suma, la cultura de la paz debe tener como faro que guíe el camino, el pensamiento según el cual, la paz en términos globales, debe rechazar la guerra, la violencia, las violencias estructurales, la desigualdad y la marginación social; la inequidad y la injusticia (Jares, 2001: 122).

Vale la pena anotar que las concepciones de cultura de Paz que se retoman en este apartado, tienen una gran conexión teórica con el concepto de paz personal anteriormente mencionado e incluso, aparecen tesis comunes de algunos autores que coinciden en que la cultura de paz se realiza en la cotidianidad, y es un encargo que tiene cada ser humano en la consecución de la misma (Martínez, 2005; Comins, 2009; Jalali, 2001; Tuvilla, 2004).

Al concebir la cultura de la paz como un “proceso que se edifica cada día en la solución pacífica de los conflictos, en la práctica de la tolerancia, y en la dinámica en los procesos de concertación y reconciliación”, se explica que desde sus orígenes, este se asume en permanente cambio pero con fundamentos claros, definidos a partir de la experiencia de vida cotidiana (Manjarrés y Molano, 2001: 30), es así como la cultura de paz es entendida como el conjunto de valores, actitudes, tradiciones, comportamientos y estilos de vida, que basada en los derechos humanos, propende por relaciones creativas que aporten a la armonía del ser humano consigo mismo, con los demás y con la naturaleza (Tuvilla, 2004: 11).

Como se ha dicho anteriormente de forma tangencial, uno de los grandes obstáculos que se encuentra para realizar o poner en práctica los diferentes

conceptos de paz, y construir una verdadera cultura de la Paz es el ya conocido fenómeno de violencia estructural cuya definición es desarrollada por el sociólogo noruego Johan Galtung (Galtung, 1981: 91-106); fenómeno presente en muchos países en diferentes niveles y dimensiones. Es por ello que en la siguiente parte de este artículo, se hablará del tema en el marco de referencia de un país como Colombia, puesto que es en este escenario, donde esta investigación busca desarrollar estrategias de intervención.

4. ANÁLISIS DE LA VIOLENCIA ESTRUCTURAL EN COLOMBIA

Según Johan Galtung, el término violencia estructural es usado por muchos investigadores de la paz para referirse a los tipos de injusticia que no están estrictamente contemplados en las concepciones de la paz negativa. Esta forma de violencia, es el resultado de inadecuados sistemas económicos, políticos y sociales en el mundo. A pesar de que en cualquier investigación en el campo de los estudios de paz, se hace necesaria la inclusión del concepto de paz positiva y de violencia estructural, el campo de estudio debe ir más allá con el fin de aprovechar plenamente, el significado de paz positiva propiamente dicho (Galtung, 1981: 91-106; Galtung 2003; Dugan y Carey, 1966: 83).

La violencia estructural es el tipo de violencia que más afecta el desarrollo de una sociedad, y comprende estructuras económicas desiguales, injusticias (Jares, 2001: 122) diversas formas de exclusión, pobreza, represión, opresión y alienación (Fisas, 2002:67-69). Ya desde 1975, Galtung hace un análisis de los indicadores de valores y sus antónimos derivados de unas condiciones sociales negativas. Dicho estudio hizo parte del Programa de Indicadores Mundiales (World Indicators Program-WIP) de la cátedra de investigación de conflictos y paz de la Universidad de Oslo. Esta publicación es importante ya que aporta variables sociales que dan una mayor confiabilidad a los indicadores de desarrollo económico de los países (Lawler, 1995: 136). Estos diez valores y sus antónimos descritos por el autor son:

- Crecimiento personal - Alienación
- Diversidad - Uniformidad
- Crecimiento socio-económico - Pobreza
- Igualdad - Desigualdad
- Justicia Social - Injusticia Social
- Equidad - Explotación
- Autonomía - Penetración (dependencia)
- Solidaridad - Fragmentación
- Participación - Marginalización
- Equilibrio Ecológico - Desequilibrio Ecológico.

De acuerdo con esta teoría, en Colombia existen grandes dificultades en el compromiso con la consecución de paz positiva, debido a que las estructuras sociales violentas se encuentran inmersas en la vida diaria de muchos individuos. Los antónimos de desarrollo que tiene Colombia no aportan a la consecución de una paz positiva. Existen muchos barrios pobres que carecen de servicios de salud y en general para ellos no hay satisfacción de las necesidades básicas. Así que la teoría acerca de la satisfacción de todo el espectro de necesidades humanas como indicador de la consecución de paz positiva, condición en la cual la auto-realización individual se vuelve verdaderamente posible, se hace cada vez más difícil de cometer en muchos sectores de Colombia.

De acuerdo con Mauricio Rubio, un economista colombiano, el costo del crimen representa para Colombia aproximadamente seis billones de pesos colombianos por año. Dado que la inversión de Colombia para defenderse contra este problema es de dos billones de pesos por año, el crimen es el mejor negocio para los grupos violentos, como por ejemplo la guerrilla, paramilitares, delincuencia común, fuerzas armadas oficiales, grandes terratenientes (hacendados) y narcotraficantes (Rubio, 1997).

Por lo tanto, resulta muchas veces más rentable para ciertos grupos violentos, trabajar en este tipo de actividades ilícitas que hacerlo en trabajos lícitos donde las opciones de empleo son muy bajas. En algunas ciudades colombianas como Medellín, se ha dejado el legado del narcotráfico del dinero fácil a muchos jóvenes. En empresas comerciales del sector de la Costa Atlántica, aun los grupos violentos recogen comisiones o impuestos ilícitos, las llamadas “vacunas” exigidas como *apoyo* para garantizar la seguridad de sus negocios. Si la gente se resiste a pagar tales “vacunas”, se tienen muchos problemas de seguridad y amenazas continuas a los administradores de los locales comerciales. Por otro lado, varias compañías nacionales y extranjeras tienen contactos indirectos con los grupos por fuera de la ley, pues piensan que necesitan comprar protección privada (Nelson, 2002: 98). En estos casos el gobierno no ofrece totalmente garantía de protección a los propietarios. Como bien se puede concluir, estos dineros que pagan las personas, también están promoviendo de una u otra forma la violencia y perpetuando las raíces de la violencia estructural.

La estructura socioeconómica desigual de la sociedad en Colombia, ha servido como caldo de cultivo del narcotráfico, el cual ha aprovechado los espacios en los estratos más marginados, mejorando los ingresos a este sector de la población ya que esta generando empleo muy bien remunerados a corto plazo. Algunos estudios dicen que esta situación estimula el crimen. De acuerdo a estudios de la Policía Nacional de Colombia, en 1991 hubo un pico de violencia en el país que alcanzó una tasa de homicidio hasta del 79 por 100.000 habitantes (Bello, 2008: 79-82). Una de las ciudades mas afectadas en esa época fue Medellín, la cual tuvo un dramático crecimiento urbano. Localizada en el noroccidente de Colombia y con una población de dos millones de personas, para ese tiempo tuvo una tasa de 300 homicidios por cada 100.000 habitantes.

En particular, la autora tuvo la oportunidad de trabajar en temas de paz en algunas áreas pobres de esta ciudad, con dos grupos diferentes en el sector de Santa Cruz, una de las áreas más violentas de la ciudad. Posteriormente se detallará cómo se convive realmente en estas zonas y se describirán algunas de sus condiciones de vida, tanto a nivel familiar como social. Entender estas circunstancias es muy importante, con el fin de saber a ciencia cierta cómo trabajar para la paz en estas comunidades específicas, y deducir mejor por qué algunos individuos tienen dificultades para encontrar una paz positiva en su vida diaria. Este conocimiento puede aportar a la construcción de una cultura de paz que no es única y no es aplicable de la misma forma en todos los contextos, sino que depende de las regiones en cada país, de sus particularidades políticas y culturales; por lo tanto, la cultura de paz, no debe desconocer la historia y tradiciones de cada población (Tunnermann, 1996: 2). Entre algunas de las características relevantes encontradas en estos sectores de la ciudad, se mencionan las siguientes:

La mayoría de los habitantes tenían un miembro de la familia que murió a causa de la violencia directa. De igual forma, algunos individuos murieron durante la época en que el narcotráfico estaba en su apogeo. Los individuos se involucraron en las actividades ilegales aproximadamente hacia el año 1992, un período caracterizado por el auge de la violencia como se mencionó anteriormente. Los narcotraficantes pagaban un millón de pesos colombianos por asesinar a cualquier policía que vieran en las calles, lo cual incrementó sustancialmente los índices de la violencia en Colombia. Este pésimo comportamiento fue promovido entre los jóvenes, quienes deseaban a toda costa, ser económicamente exitosos tan rápido como fuera posible. Estos jóvenes no desarrollaron otras capacidades para la supervivencia, con lo cual se explica por qué muchos adolescentes, se encuentran trabajando para organizaciones paramilitares y de delincuencia común.

Estadísticas históricas de reclutamiento de menores, indican que el grupo armado de las FARC, es el que más menores ha reclutado en el país. Se calculó, hace unos años, que el número de niños en la guerra ascendería a 11.000. De las Autodefensas Unidas de Colombia se han desvinculado 1.039 niños desde 1999. En la misma investigación se da a conocer que en el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, se registraron 450 menores de edad reinsertados como consecuencia del programa del proceso de paz desarrollado con los paramilitares. Sin embargo las cifras de algunas ONG's y de la Procuraduría General de la Nación, aseguran que fueron de 2.000 a 3.000 menores (Redacción Justicia, 2008: 12). Algunas de las características de violencia que se percibieron en este grupo de niños y jóvenes reinsertados fueron las siguientes:

- Seis de cada diez menores según la defensoría del pueblo afirmaron tener algún familiar en un grupo armado.
- Un 15% de las niñas y un 2% de los niños testificaron que ingresaron a las filas por violencia en sus casas.

- Nueve de cada diez niños entre los 15 y los 18 años, estaban escolarizados antes de integrarse a un grupo armado. Tres dejaron las aulas por entrar a la guerra y uno de cada diez lo hizo por falta de dinero en sus casas.
- Un 25 por ciento aseguró que fueron víctimas de abuso sexual, mientras un dos por ciento dijo que tuvo que violar a otro compañero (Redacción Justicia, 2008: 12).

Es importante aclarar que estos datos son de un grupo muy específico, con experiencias muy particulares de violencia. Sin embargo, pueden dar una idea de la vulnerabilidad en que se encuentran al integrarse de nuevo a la sociedad civil y, a pesar de que no se pueden generalizar a toda la población de jóvenes del país, no se deben ignorar, por el contrario se debe hacer una reflexión crítica en la que se resalte que también esta realidad, coexiste en la sociedad y forma parte de la violencia estructural propiamente dicha.

Del mismo modo, si se continúa analizando la violencia en los suburbios (zonas deprimidas) se encuentra una gran deficiencia en su control, debido a que la tasa de desempleo permanece aun alta y no existe sistema de seguridad social para ellos. Las personas se sienten motivadas muchas veces a trabajar con estos grupos criminales para poder sobrevivir, y lo asumen como si esta fuera su profesión.

Otra razón que promueve la formación de bandas de criminales, reside en el hecho de que el gobierno no puede garantizar la seguridad en tales áreas. En el primer semestre de 1998, en una de las áreas de Medellín, la de Santa Cruz, fueron asesinados 60 niños con edades entre 12 y 19 años; datos recientes dicen que este año han asesinado a 150 personas, 200 por ciento más que en el mismo período del año pasado (Builes, 2009: 53).

Se percibía en muchos jóvenes de estas áreas, problemas psicológicos y algunos estudiantes no asistían regularmente a la escuela, pues temían a la violencia y se sentían más seguros en sus casas, cuando los conflictos entre bandas estaban en un punto de máxima tensión. Era común escuchar en las escuelas, que los jóvenes no poseían ninguna motivación para seguir viviendo, se deprimían y tenían intenciones suicidas. De acuerdo a estudios recientes sobre este mismo tema, se puede confirmar que las condiciones aún no han mejorado. Así lo expresa el siguiente análisis extraído de la revista Semana del mes de agosto del año 2009:

Hay razones de sobra para que a los niños se les estén acabando las ganas de estudiar. Aunque nadie tiene el consolidado de cuántos alumnos han desertado por hechos relacionados con la violencia en Medellín, la directora de la escuela de San Martín localizada en una de las comunas de la ciudad, dice que en los últimos cuatro meses 100 niños se han retirado porque sus papás han sido amenazados o asesinados, o porque ya no hay nadie que los lleve a la escuela o porque decidieron entrar a un combo. Y si se suman los alumnos de las otras escuelas y los colegios que

conforman la Institución La Esperanza (a la cual pertenece San Martín), la cifra de desertores llegan hasta 400 estudiantes (Builes, 2009: 55).

En estos grupos se percibía una visión negativa frente al futuro. La mayoría de las familias residían en espacios en donde no tenían privacidad para hablar de sus problemas, pues se trataba de espacios pequeños que en ocasiones facilitaban el aumento de los conflictos familiares. De igual forma existían algunas normas sociales que “ayudaban a la convivencia” entre ellas la “Ley del Silencio”, según la cual de llegar a ser testigos de algún conflicto entre bandas, debían guardar silencio pues, de otra forma, tendrían problemas de seguridad. En la actualidad sectores como estos cambian sus normas de convivencia, por ejemplo desde hace cuatro meses tienen una nueva orden: dejar las puertas semiabiertas durante el día y parte de la noche para que los pillos puedan entrar y refugiarse en caso de un enfrentamiento o una persecución de la Policía (Builes, 2009: 53). De igual forma afloraban dos problemas importantes en las comunidades marginadas a saber:

1. La existencia de muchas madres solteras o viudas como producto de la violencia. Estas mujeres necesitan trabajar durante el día para sostener a la familia mientras los niños permanecen solos en la casa o con vecinos. La principal educación que reciben era a través de la televisión, debido a que no existían suficientes escuelas en esta zona. De esta forma los menores aprendían muchos símbolos de violencia, los cuales los padres no podían controlar.

En cuanto a esta problemática hay acuerdo de varias teorías psicosociales que afirman que para muchos niños el aprendizaje social de la violencia es asimilado fácilmente en su vida diaria, como bien lo plantea Fisas, la cultura de la violencia ha sido propagada especialmente por los medios masivos de comunicación, la televisión populariza y comercializa la violencia y muchos de los comportamientos negativos para las relaciones humanas, por lo que hay que combatir estas formas de violencia que se propagan rápidamente por la juventud (Fisas, 2002:60).

2. Numerosas mujeres son objeto de violencia doméstica, ellas tienen experiencias de violencia diferentes a las de los hombres. Los hombres experimentan la violencia directa proveniente de los grupos de delincuencia común, paramilitares, y guerrilla, grupos a los cuales pertenecen la mayoría de los perpetradores de crímenes violentos, y participan más en la violencia interpersonal directa. Si bien algunas mujeres experimentan esta última modalidad de violencia a través de su familia, ellas también son victimizadas como mujeres. Con frecuencia sufren la impotencia de no poder aislar a sus familias de la violencia directa y deben cuidar a sus niños cuando sus esposos están involucrados en tales conflictos. Las mujeres que logran independizarse económicamente de estas relaciones para asumir la responsabilidad de sus familias, tiene un costo alto que es el de asumir largas y agotadoras jornadas

de trabajo en fábricas y en su hogar, este es el único medio que tienen para satisfacer las necesidades básicas de la familia.

Muchos investigadores han analizado que la violencia contra las mujeres es universal y constante. Tal violencia es manifestada en muchos casos de forma directa, como es el caso de las lesiones personales y la violación. Esto demuestra la prevalencia de la violencia estructural e institucional, en la medida en que existen leyes que deshumanizan y tratan a las mujeres como mercancías, y sistemas económicos que explotan el trabajo de las mismas (Reardon, 1993: 50).

En el caso específico de Colombia, se piensa que los niveles de violencia familiar son más altos que los que se reportan oficialmente ya que no se denuncia a su debido tiempo. Así lo demuestra el estudio realizado por Profamilia, una entidad privada y sin ánimo de lucro, que contribuye a mejorar la salud sexual y reproductiva de las mujeres y hombres adultos, jóvenes y adolescentes del país y, simultáneamente, desarrolla programas sociales para la población más pobre, vulnerable y marginada. El índice de violencia intrafamiliar es frecuente en Bogotá: la Encuesta Nacional de Demografía y Salud del año 2005 asegura que únicamente en el 25% de los casos se denuncia. En muchos casos las mujeres no denuncian la violencia intrafamiliar, debido a que no confían en los servicios de las agencias del gobierno para la solución de esta clase de conflictos. Arguyen que tales servicios no son eficientes y que la situación al interior de la familia no cambiará (Profamilia, 2000: 8).

La Secretaría de Integración Social del Distrito estableció que el 77% de las víctimas son mujeres y, que la forma de violencia más habitual en el 2006, fue la violencia psicológica con un 57% y la violencia física con un 33%. Para el año 2006, el 54% de las denuncias de violencia intrafamiliar estuvieron relacionadas con problemas de comunicación, además de relaciones conflictivas, infidelidad, celos y disputas (Profamilia, 2007: 1-12).

Del mismo modo aparecen niveles de violencia contra los niños: entre enero y agosto de 2008 se produjeron 520 muertes y, en promedio, cada día dos familias tienen que afrontar esta tragedia. Por lo general el agresor es un familiar, en algunas ocasiones los padres y en su mayoría, los compañeros de las madres solteras o de las separadas (Veloza, 2009: 1-2).

Afortunadamente cada vez hay mas conciencia tanto a nivel nacional como internacional, de la importancia de desarrollar programas que ayuden a este tipo de población vulnerable. Por ejemplo el Fondo Español del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, decidió donar al “Programa Integral contra la Violencia de Género de la Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer”, siete millones de dólares, después de conocer las cifras de abuso contra las mujeres en Colombia, las cuales fueron reportadas por entidades del Estado y dadas a conocer en el periódico en el 2008 (El Tiempo, 2008: 1-2), dichas cifras son las siguientes:

- Medicina Legal atiende a diario 120 denuncias de mujeres maltratadas por su compañero y en promedio cada dos horas hay 3 casos de violencia sexual contra una mujer y 60% de las víctimas son niñas entre los 5 y 14 años.
- El Departamento Administrativo de Seguridad DAS dice que entre 45.000 y 55.000 mujeres colombianas son víctimas de la trata de personas y son explotadas en el exterior.
- Acción Social afirma que el 70,2% de la población desplazada son mujeres y niñas.

Los siete millones se invertirán en una estrategia nacional para disminuir los índices de violencia sexual y de pareja, esencialmente en tres ejes: prevención, atención y mejoramiento del marco jurídico que reglamenta las normas de amparo para la mujer, además en una campaña de comunicación masiva con mensajes que promuevan el respeto a la mujer.

De otro lado, en el periodo entre 1991 y 2006, ha aumentado la violencia debido al enfrentamiento entre el Estado y la guerrilla y el desarrollo de una política de guerra contra las drogas (Bello, 2008: 79-82), sin embargo aunque este panorama parece un poco desalentador, el mismo autor afirma que en el 2006 la tasa de homicidios descendió al 38 por 100,000 habitantes, debido al desarrollo del programa de política integral y seguridad democrática (Bello, 2008: 79-82). Frente a estos datos estadísticos no hay unanimidad ya que otro estudio realizado por un grupo de investigadores de la Universidad Nacional de Colombia, que lleva varios años analizando cifras de violencia con información proveniente de entidades como Medicina Legal, la Policía Nacional y el Departamento Administrativo Nacional de Estadística –DANE–, anota que en Colombia, para el 2007, la tasa de homicidios ascendió a 37 por cada 100 mil habitantes, 2.6 veces más que la tasa mundial (14 por cada 100 mil habitantes). (Páez, 2008: 7). Vale la pena anotar que estos resultados estadísticos en el país, siguen siendo altos, comparados con otros países de Latinoamérica que han vivido condiciones parecidas a las de Colombia.

De otro lado, el país subió cinco puestos en el *Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas* para el año 2009. Ahora se encuentra en el puesto 77 de una lista de 182 naciones y en el grupo del “Alto Desarrollo Humano” (UNDP, 2009: 144). Para esta posición jugaron un papel importante los avances en la educación y la salud (El Tiempo, 2009: 1-10).

Hacer reflexiones críticas sobre los orígenes de la violencia estructural de cada cultura (Marquardt, 2009: 25-66) y en particular en un país como Colombia, tiene un sentido vital para encontrar estrategias proactivas que redunden en una nueva cultura de paz. En pocas palabras, queda claro hasta aquí, que estas estructuras sociopolíticas de violencia están generando en la población a nivel local y mundial más opresión económica, menos garantías de salud tanto física como mental de los individuos, así como insatisfacción de las necesidades básicas de las personas.

Lo preocupante en el caso colombiano es que en la cultura, se encuentran inmersos en muchos casos, varios antónimos de la paz. Esta bien que en principio, la desigualdad económica pueda explicar los orígenes de la violencia, pero una vez se avanza en mejorar esta desigualdad, no necesariamente la violencia desaparece. Pareciera que las personas han aprendido tanto este *modus vivendi*, que la violencia de cada día se convirtiera en un común denominador de las relaciones interpersonales. Esta teoría está siendo confirmada por las cifras de agresión anteriormente expuestas.

Debido a que en Colombia las condiciones distan mucho de ser las ideales, es necesario promover muchos proyectos de manera simultánea y en diversas áreas con un objetivo claro: lograr la paz. Esto significa que el resultado no será a corto plazo, pero si se logra comprometer a varias organizaciones en aspiraciones de paz, el resultado podría ser más positivo y alentador en el largo plazo.

Un grupo importante con quien se debe trabajar es el de los alcaldes y los líderes comunitarios de los diferentes municipios. Estas personas han tenido demasiados problemas de seguridad, dado que los grupos violentos son una constante amenaza para ellos. Estos grupos violentos buscan interferir en sus trabajos y adquirir más poder en algunas áreas.

En el año 2000, la autora tuvo la oportunidad de trabajar en un proyecto sobre Fortalecimiento de la Gestión Local y Formación de la Sociedad Civil liderada por la Universidad Eafit de Medellín (Sánchez et al. 2000). En este proyecto se desarrollaron muchos tópicos de paz como: la transformación de conflictos, cultura de la paz, reconciliación, tolerancia, comunicación y asertividad, trabajo en equipo, solidaridad, entre otros. Se capacitó a 120 personas entre las cuales se contaban con alcaldes e importantes líderes comunitarios de 25 municipios. La idea principal de uno de los módulos de este programa era que cada líder pudiera entender que la paz no es solo un sueño, que sí es posible vivir en mejores condiciones. De igual manera se promovió la necesidad de hacer realidad este sueño en el presente. Una forma de iniciar este proyecto fue aplicar las teorías de paz en cada municipio, con el propósito de ir tejiendo el futuro de una cultura de la paz en la sociedad en general.

En la primera parte del seminario se les solicitó a los participantes escribir su definición de paz. Muchos dijeron que paz es resolver el problema con la guerrilla, o con los paramilitares, grupos a los cuales ellos culpan como responsables de la ausencia de paz en el país. Estos líderes tuvieron mucha dificultad para comprender que cada uno tiene un papel importante en la ejecución de esta clase de proyectos en su pueblo y comunidad. Un fenómeno parecido se encontró en el año 2007 en un grupo de 22 profesores de escuelas distritales de Bogotá, a los cuales se les preguntó qué es necesario para que haya paz en Colombia. El 64% de ellos ha dado un valor importante a la justicia social, la equidad, disminución de la corrupción de los gobiernos, cumplimiento de la Constitución Política entre otros. Algunos apartes textuales de pensamientos fueron:

[...] Que haya más empleo, menos burocracia, se necesita un Estado equitativo, justo que no se robe la plata del pobre. Que todos tengamos las mismas oportunidades [...] que se acabe la corrupción política.

Estos resultados podrían estar ratificando una vez más los elementos de violencia estructural que existen en el país. Sin embargo también denotan una ausencia de compromiso a nivel personal en la consecución de la paz. De esta forma se conformaría un círculo paradigmático donde no hay salida clara. Como las estructuras sociopolíticas son las responsables de la paz, y estas no cumplen su papel, entonces el tema de la paz es imposible realizarlo y yo no tengo mucha responsabilidad en él. Esta tesis es significativa porque el grupo de personas está conformado por líderes políticos y/o sociales, que al presentar dichas creencias acerca de la paz, pueden obstaculizar la gestión de proyectos de vital importancia, en cada uno de los escenarios donde se desempeñan laboralmente.

En la segunda parte del seminario se les solicitó a los participantes escribir la historia de la paz de sus respectivos municipios en el transcurso de los últimos diez años. En esta actividad la mayoría de ellos tuvieron grandes inconvenientes para recordar las cosas positivas, prefirieron comenzar a describir la historia en términos de la guerra. Esto pudiera estar simbolizando que se necesita crear nuevas herramientas metodológicas en pro de estimular las memorias de la paz positiva entre la gente, para ir restándole protagonismo a la violencia. La cultura de la violencia se ha constituido como cultura al ser aceptada por la sociedad e interiorizada y sacralizada por los seres humanos (Fisas, 2002: 60).

En suma esta clase de pensamientos negativos frente a la paz, se convierten en un gran obstáculo para visualizar un mejor futuro. Ellos siguen la siguiente lógica: cómo el pasado fue violento, igualmente en el futuro no existirán muchas posibilidades de convivir en paz.

Al analizar toda esta información, aparecen muchas preguntas, a saber: ¿qué se puede hacer? ¿Cómo es posible vivir en paz bajo tales circunstancias? ¿Cómo se puede comenzar a trabajar en busca de la paz y con quién, o quienes? y la pregunta más importante: ¿Cuál es el futuro de las nuevas generaciones?

Son muchos los sentimientos negativos que emergen cuando el lector intenta responder a tales inquietudes. Pues similares son los sentimientos y temores que surgen en los individuos que se encuentran viviendo con estos problemas día tras día. Sin embargo, y a pesar de que casi todas las estadísticas parezcan ir en contravía del logro de la paz en Colombia, son muchos más los ciudadanos que desean un cambio y aspiran a un futuro mejor, esta esperanza es el gran motor que quiere guiar esta investigación tomando como lucero la teoría de la Educación para la paz.

En estas profundas reflexiones aparecen los postulados del filósofo español Vicent Martínez, quien contribuye a romper con estos pensamientos de resignación,

ofreciendo nuevas luces para alcanzar la paz. Habla de un cambio epistemológico donde la cuestión no sea aprender sobre la paz, sino trabajar para hacer las paces, es decir, reconstruir lo que nos hacemos entre los seres humanos asumiéndolo con la debida responsabilidad. De este giro epistemológico surgen tres subversiones (Martínez, 2005: 63):

1. Oposición total a aquellos que piensan que la paz no es posible, pues siempre habrá la posibilidad de pedir y rendir cuentas por lo que hacemos, aunque hayan bastantes maneras de actuar, incluyendo las violentas o pacíficas (Martínez, 2005: 65).
2. Oposición a aquellos que afirman que los Estudios para la paz son simple teoría, pues los temas que aborda esta área, son más prácticos que ninguna otra (la marginación, el sufrimiento, la exclusión, etc.) (Martínez, 2005: 66).
3. Un rechazo total a aquellos que afirman que la paz es solo para héroes o santos, ya que los Estudios de Paz están desarrollados para las personas comunes y corrientes. En las relaciones humanas a veces se puede sentir odio o excluir, pero también se tiene la capacidad de amar y acoger a los demás (Martínez, 2005: 66).

Estos planteamientos ayudan a vislumbrar un camino de paz en sociedades altamente penetradas por las estructuras violentas y dejan una puerta abierta a la educación para la paz como una forma de imaginar y crear culturas más dignas y armónicas. Esta opción es una entre las tantas que se pueden desarrollar como un valioso aporte a la cultura de paz que necesita Colombia. Es a través de ella que se logra estimular, aprender y potencializar las virtudes de paz en las personas.

La educadora italiana María Montessori (1870-1952) anota dos prerrequisitos para la paz en el mundo, el primero es un ser humano transformado y mejorado, y el segundo es un entorno sin limitantes para las aspiraciones del ser humano (Montessori, 2003: 43). En esta tesis se confirma como la educación para la paz juega un papel importante para jalonar las potencialidades del ser humano y de la cultura de la Paz en la sociedad en general.

CONCLUSIONES

El fenómeno de la cultura es un constructo mental y afectivo que se desarrolla y se aprende a lo largo de la vida del ser humano, a través de las experiencias y vivencias cotidianas que se tienen con el mundo, por consiguiente, dicho fenómenos es dinámico, flexible y siempre susceptible de cambiar.

Las elaboraciones teóricas que el individuo haga acerca de la Paz, son de vital importancia, ya que estas servirán como guías de comportamiento y de ellas dependerá hasta donde se quiere llegar con el compromiso de la paz.

La Cultura de la paz pretende en última instancia, regir las actuaciones sociales de los sujetos, orientándolas hacia la construcción de una sociedad más justa, solidaria y pluralista, con el propósito de eliminar las raíces de la violencia a través de estrategias de paz.

En particular Colombia necesita el compromiso de todos y cada uno, con el ánimo de implementar metodologías centradas en la Educación para la paz, que logren jalonar una paz duradera y sostenible en la sociedad en general y, que al mismo tiempo, sirvan para contrarrestar los grandes efectos de la violencia estructural que se vive en el país.

BIBLIOGRAFÍA

- Asociación Pro-Derechos Humanos, "Educar para la Paz, Una propuesta posible", en *Seminario de Educación para la Paz*, Madrid, Ed. Libros de la Catarata, 2000.
- Bandura, Albert, *Aggression, A Social Learning Analysis*, Englewood Cliffs NJ, Prentice-Hall, 1973.
- Bandura, Albert, *Social Learning Theory*, Nueva York, General Learning Press, 1977.
- Bello Montes, Catalina, "Estudios estadísticos, La violencia en Colombia Análisis Histórico del Homicidio en la segunda mitad del siglo XX", en *Revista Criminalidad*, V. 50 No. 1, 2008, pp. 73-84.
- Bobbio, Norberto, *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Barcelona, Gedisa, 1966.
- Builes, Mauricio, "Entre fierros y cuadernos", en *Semana*, 31 de agosto, Bogotá, 2009, pp. 52-55.
- Burguet Arfelis, Marta, *El educador como gestor de conflictos*, Bilbao, Ed. Desclee De Brouwer, 1999.
- Chopra, Deepak, *La Paz es el Camino*, Bogotá, Ed. Norma, 2005.
- Comins Mingol, Irene, *Filosofía del Cuidar*, Barcelona, Icaria Editorial, 2009.
- Declaración de México sobre las Políticas Culturales*, en [Http://Portal.Unesco.Org/Culture/Es/Ev.Php-URL_ID=35197&URL_DO=DO_PRINTPAGE&URL_SECTION=201.html](http://Portal.Unesco.Org/Culture/Es/Ev.Php-URL_ID=35197&URL_DO=DO_PRINTPAGE&URL_SECTION=201.html) (05.12.2009).
- Dugan, Marie A. & Carey, Dennis, "Towards a definition of Peace Studies", en Burns, R. J. & Aspelagh, R. (Eds.), *Three Decades of Peace Education around the World, An Anthology*, Nueva York, Garland Pub., 1966.
- El Tiempo, "Colombia se luce en índice de desarrollo humano de la ONU", en *El Tiempo*, 5 de Octubre, Bogotá, 2009, pp. 1-10.
- , "US\$ 7 millones para frenar la violencia contra la mujer", en periódico *El Tiempo*, 25 de Noviembre, Bogotá, 2008.
- Eisler, Riane, "Education for a Culture of Peace", en Eisler, Riane & Millar, Ron (Eds.), *Education for a Culture of Peace*, Portsmouth NH, Heinemann, 2004, pp. 11-41.

- Fisas, Vicenc, *La paz es posible, Una agenda para la paz del siglo XIX*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 2002.
- Freire, Paulo, *La educación como práctica de la libertad*, 22ª Ed., México D.F, Siglo Veintiuno Editores, 2005.
- , *Pedagogía del oprimido*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2005.
- Fry, Douglas P., *The human potential for peace, An anthropological challenge to assumptions about war and violence*, Nueva York & Oxford, Oxford University Press, 2006.
- Galtung, Johan, “Contribución específica de la irenología al estudio de la violencia y su tipología”, en AAVV (Ed.), *La violencia y sus causas*, París, UNESCO, 1981. pp. 91-106.
- , *Peace by Peaceful Means, Peace and Conflict, Development and Civilization*, Londres, Sage Publications, 1996.
- , *Paz por medios pacíficos, Paz y conflicto, Desarrollo y civilización*, Bilbao, Bakeaz, 2003.
- , *Sobre la paz*, Barcelona, Ed. Fontamara, 1985.
- Hicks, David, *Education for Peace Issues, Principles and Practice in Classroom*, Londres, Methuen, 1988.
- Jalali Rabbani, Martha, *La educación para la Ciudadanía Mundial*, Toluca, Ed. Universidad Autónoma del Estado de México, 2001.
- Jares, Xesús, “Educación para la paz y el aprendizaje de la convivencia”, en Santos Guerra, Miguel Ángel (Ed.), *Aprender a convivir en la escuela*, Madrid, Universidad Internacional de Andalucía, Ediciones Akal, 2003, pp. 87-105.
- , *Educación y conflicto, Guía de educación para la convivencia*, Madrid, Ed. Popular, 2001.
- , *Pedagogía de la convivencia*, Barcelona, Ed. Graó, 2006.
- Jiménez Bautista, Francisco, “Cultura de paz, educación y valores”, en Universidad Autónoma del Estado de México (Ed.), *Comunicación, educación y cultura de paz*, México, Ed. Porrúa, 2008, pp. 165-185.
- , “Propuesta de una Epistemología, Antropológica para la Paz”, en *Convergencia, Revista de Ciencias Sociales*, No. 34, 2004, pp. 21-54.
- Krishnamurti, Jiddu, *Una Nueva Manera de Vivir*, México, Ed. Orión, 1973.
- Larrañaga, Ignacio, *El hermano de Asís*, Bogotá, Eds. San Pablo, 2007.

- Manjarrés Peña, María Helena & Molano Camargo, Milton, *La escuela que los niños perciben, Aportes para construir una cultura desde una gestión institucional*, Bogotá, Ed. Universidad Pontificia Bolivariana, 2001.
- Marquardt, Bernd, *El Estado de la paz interna y de la organización judicial en el caso de Europa (1500-1800)*, tomo 2 de la colección *Historia Universal del Estado*, Bogotá, Ed. Universidad Nacional de Colombia, Instituto Unidad de Investigaciones Jurídico-Sociales Gerardo Molina & La Carreta, 2009.
- Martínez Guzmán, Vicent, “Culturas para hacer las paces y educar con cuidado”, en Muñoz, Francisco A. et al. (Eds.), *Actas del I Congreso Hispanoamericano de Educación y Cultura de Paz*, Granada, Ed. Universidad de Granada, 2003.
- , “El compromiso por la Paz”, en Llado Herrero, J. (Ed.), *I Encuentro Dialogo Fe-Cultura, De nuevo Dios*, Castellón, Universitat Jaume I, Departament d'Educació, 1999, pp. 85-96.
- , “Paz”, en Cortina, Adela (Ed.), *Diez palabras clave de Filosofía Política*, Estella (Navarra), Verbo Divino, 1998, pp. 309-352.
- , *Podemos hacer las paces, Reflexiones éticas tras el 11-S y el 11-M*, Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 2005.
- Mejía Jiménez, Marco Raúl, “Construir educativamente el conflicto hacia una pedagogía de la negociación cultural Colombia”, en *Educación Hoy, Perspectivas Latinoamericanas*, vol. 31, fasc. 150, Bogotá, 2002, pp. 25-50.
- Mejía Quintana, Oscar & Castro, Carolina, *La Categoría de Elite en los Estudios Políticos*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Instituto Unidad de Investigaciones Jurídico-Sociales Gerardo Molina - UNIJUS, 2009.
- Mockus, Antanas, “Cambio cultural voluntario hacia la paz”, en Varios Autores, *Educación para la paz*, Bogotá, Ed. Cooperativa Editorial Magisterio, 1999, pp. 33-70.
- Montessori, María, *Educación para la paz*, Buenos Aires, Ed. Longseller, 2003.
- Morin, Edgar, *La mente bien ordenada*, Barcelona, Ed. Seix Barral, 2007.
- Muñoz, Francisco, “La Paz”, en Molina Rueda, Beatriz & Muñoz, Francisco A. (Eds.), *Manual de Paz y Conflictos*, Granada, Consejería de Educación de la Junta de Andalucía, 2004, pp. 23-41.
- Muñoz, Francisco & López, Mario, “Historia de la Paz”, en Molina Rueda, Beatriz & Muñoz, Francisco A. (Eds.), *Manual de Paz y Conflictos*, Granada, Consejería de Educación de la Junta d Andalucía, 2004, pp. 42-65.
- Nelson, Jane, *El negocio de la Paz, El sector privado como socio en la prevención y resolución del conflicto*, Bogotá, Ed. Norma, 2002.

- Páez Torres, Magda, "Aumenta la violencia en el país", en periódico *El Tiempo*, Bogotá, 12 de octubre, 2008.
- Profamilia, "Cada día hay 154 denuncias de violencia intrafamiliar", en periódico *El Tiempo*, Bogotá, 16 de mayo, 2007.
- , "La violencia empieza por casa", en periódico *El Tiempo*, Bogotá, octubre 22, 2000, p. 8.
- Redacción Justicia, "Así escondieron los paras a los niños de la guerra", en periódico *El Tiempo*, Bogotá, 13 de julio, 2008.
- Reardon, Betty, *Woman and Peace, Feminist Visions of Global Security*, Albany, State University of New York Press, 1993.
- Roach, Colleen, *Communication and Culture in War on Peace*, Newbury Park, Sage Publishers, 1993.
- Rubio, Mauricio, *Los costos de la violencia en Colombia*, 1997, http://economia.uniandes.edu.co/investigaciones_y_publicaciones/CEDE/publicaciones/documentos_cede/anteriores/los_costos_de_la_violencia_en_colombia (05.12.2009).
- Sánchez Cardona, Mariela Inés, *Educación para la Paz, Teoría y práctica*, Bogotá, Ed. Unibiblos, 2007.
- , "El compromiso constitucional a la Educación para la Paz: ¿una promesa no cumplida?", en Marquardt, Bernd (Ed.), *Constitucionalismo Comparado, Acercamientos metodológicos, históricos y teóricos*, Bogotá, Ed. Universidad Nacional de Colombia, Instituto Unidad de Investigaciones Jurídico-Sociales Gerardo Molina, 2009a, pp. 513-544.
- , "Problemas paradigmáticos en la realización del deber constitucional a la paz en Colombia", en *Revista Pensamiento Jurídico*, No. 24, *Fundamentos del Derecho*, Bogotá, Ed. Universidad Nacional de Colombia, Instituto Unidad de Investigaciones Jurídico-Sociales Gerardo Molina, 2009b, pp. 155-177.
- et al., *Fortalecimiento de la Gestión Local y Formación de la Sociedad Civil, Región Suroeste*, Medellín, Universidad EAFIT, 2000.
- Seminario Galego (Ed.), *Educación para desaprender la violencia*, Materiales didácticos para promover una cultura de paz, Madrid, Ed. Los Libros de Catarata, 2005.
- Tunnermann Bernheim, Carlos, *Cultura de paz un nuevo paradigma para Centro America*, Panamá, UNESCO, 1996.
- Tuvilla Rayo, José, *Cultura de paz, Fundamentos y claves educativas*, Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 2004.

Tylor, Edward, *Primitive Culture*, Nueva York, Routledge, 1871.

UNDP (Ed.), *Human Development Report 2009*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009.

UNESCO (Ed.), *Hacia una cultura global de paz*, presentado en el segundo foro internacional sobre la cultura de paz, Manila, 1995.

Veloza Cano, Héctor, “Asesinato de bebé Luís Santiago habría sido planeado por su padre desde hace más de 4 meses”, en periódico *El Tiempo*, Bogotá, 29 de septiembre, 2009.

